

Estreno en Alicante y Valencia

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA FLORISEL	Sra. Ricart (1)
ELVIRA DE DAVID	Srta. Olona.
MERCEDES DE ROBINAT	Sra. González
GABRIELA	Srta. Balestron
EMILIO ZOLA	Sr. Ortega.
PADRE D'AIGLÓN	» Augusto.
ALFREDO DAVID	» Torres.
GENARO DAVID	» Amorós.
MASSENET.	» Llonch.
GENERAL FOUQUET	» Castells.
CORONEL GASTÓN	» Nieva.
COMANDANTE ROBINAT	» Blanca.
CORONEL BERTRAND	» Soto.
COMANDANTE WALTER LACY	» Venegas.
OFICIAL DE LA GUARDIA REPUBLICANA.	» Ll.
PADRE DARRÁS	» N.
PADRE LEOCADIO	» Ortega (hij)
CARNOT	» Casabán.
VIEJO DURAND	» Olivar.
OFICIAL DE GUARDIA	» Salazar.

PUEBLO, SOLDADOS, JESUITAS

(1) En Valencia representó también el papel de BLANCA FLORISEL la primera actriz Srta. Elvira Lafont.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

EL MEMORANDUM ANONIMO

Sala de lujo con acceso a otras contiguas en la casa de Blanca Florisel. Salidas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen por la derecha (entiéndase siempre la del actor) BLANCA FLORISEL y MERCEDES DE ROBINAT.

BLA. Me has de revelar la causa de tus preocupaciones.
MER. No tengo ninguna.
BLA. No lo creo.
MER. Puedes creerlo.
BLA. ¿Tratas de ocultarme la verdad siendo tu mejor amiga?
MER. Si nos oyeran.
BLA. Nada temas. Están muy ocupados en la sala del billar con su partido de caramboles. (Dentro fuertes rumores.) ¿Les oyes?

MER. Efectivamente.
 BLA. Siéntate aquí, a mi lado. Ocupemos entre ambas este diván. (*Se sientan.*) ¿Sin preámbulos?
 MER. Sin preámbulos.
 BLA. Tú no vives bien con tu marido.
 MER. Has puesto el dedo en la llaga; admiro tu penetración.
 BLA. ¿Estás quejosa de su amor? ¿Alguna querida, eh?
 MER. Nada de eso.
 BLA. ¿Entonces?..
 MER. Desgraciadamente no se trata de una infidelidad pasajera. El mal es mucho más hondo.
 BLA. Me dejas atónita.
 MER. Cambia la activa por pasiva.
 BLA. ¿Cómo? ¿Sospecha acaso de tí?
 MER. Eso.
 BLA. ¡Tú! Una mujer tan honrada y casera inspirar celos a un hombre como Robinat. Querida, no lo creo.
 MER. Haces bien, porque no está en los celos la causa de su conducta.
 BLA. ¿Tampoco?... Entonces ya no lo entiendo.
 MER. Me explicaré: El mal tiene origen en el cargo que desempeña mi esposo en el Ministerio de la Guerra.
 BLA. Creo que pasó al Negociado de informes.
 MER. Cabal. Y desde que tomó posesión de ese dicho destino, no ve más que espías y conspiradores por todas partes. Se le ha metido en la cabeza que la salud de Francia depende de su celo en averiguación de no sé qué imaginarios traidores.
 BLA. Eso es muy loable! pero ¿qué tiene esto que ver con lo otro?
 MER. Es que también sospecha de mí.
 BLA. De tí... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!
 MER. Ríete... sí... ríete..
 BLA. Pero, mujer... eso es altamente inverosímil.
 MER. No hay nada inverosímil tratándose de su manía persecutoria. ¿Te acuerdas de mi primo?
 BLA. De tu primo Jacobo; sí,

MER. Pues ha tenido que emigrar a España, acosado por las sospechas de mi esposo.
 BLA. Ah, vamos... ¿Supuso que tú y Jacobo?..
 MER. No, mujer, no... Vuelvo a decirte que no se trata de amoríos.
 BLA. ¿Cuál fué su sospecha?
 MER. Se le figuró que mi primo estaba vendido al oro de los alemanes, y que venía a nuestra casa, no para hacerme la corte, sino para ganar mi voluntad y apoderarse de alguno de los secretos de Estado confiados a la lealtad de mi marido.
 BLA. ¡Qué barbaridad!
 MER. Comenzó a mirarnos de reojo, y si no es por mí, que pude avisarle a tiempo, cac el pobre Jacobo en las garras de la Justicia militar.
 BLA. ¿Denunciado por Robinat?
 MER. Exactamente.
 BLA. Ya no me río. Eso es muy grave.
 MER. Y tan grave.
 BLA. Pero bien, ¿En qué se fundó? ¿En qué pruebas o en qué indicios para tomar tan extrema resolución?
 MER. Para mi esposo constituye prueba plena de espionaje y traición a la patria, cualquiera de los tres hechos siguientes: saber el alemán, casarse con mujer alemana o hacer más de un viaje a Berlín.
 BLA. Eso es absurdo.
 MER. Díselo a él y te entregará a un Consejo de guerra.
 BLA. ¡Silencio!... Alguien llega.

ESCENA II

Dichas y el Comandante WALTER LACY, por el foro, de uniforme de Infantería.

WAL. ¿De conciliábulo?
 BLA. Pase usted, mi querido Walter Lacy.
 WAL. (*Saludando a Mercedes.*) ¡Ah! La señora de

- mi amigo y compañero Comandante Robinau. ¿Cuánto tiempo?...
- MER. Mucho.. Apenas salgo de casa.
- WAL. Modelo de virtudes conyugales.
- MER. No tanto.. No tanto.
- WAL. ¿Y usted, Blanca? (*Saludando.*)
- BLA. Sin novedad. (*Rumores dentro y aplausos.*)
- WAL. Qué es eso... ¿Quiénes están en la sala de billar?
- BLA. Todos sus amigos: el Coronel Gastón sostiene un partido de cien carambolas contra su acérrimo adversario el Comandante Robinau.
- WAL. Voy a escape a ver si queda tiempo para apostar por el segundo. Con permiso.
- BLA. Sí.. Sí.. Vaya usted. (*Vase el comandante por la derecha.*)

ESCENA III

BLANCA y MERCEDES

- BLA. Cuéntamelo todo porque ardo en viva curiosidad.
- MER. Ahora... Pero esto que quede oculto en tu pecho.
- BLA. Habla sin temor alguno.
- MER. Ahora se ha empeñado en que debe haber un traidor en su mismo Negociado.
- BLA. ¿Un traidor?
- MER. Eso dice.
- BLA. ¿Y en qué se funda?
- MER. En la falta de algún documento de importancia.
- BLA. ¿Y dado el genio de tu esposo?..
- MER. Figúrate cómo andaré aquella cabeza. Tiene unos recursos de imaginación que espantan. Se ha dedicado al hipnotismo para sugerir a nuestra criada Irene, que es sonámbula.
- BLA. ¿Con qué objeto?

- MER. Con objeto de obtener no sé qué clase de fenómeno, que, según dice, ha de arrojar mucha luz sobre sus oscuras cavilaciones.. Esto no es nada. ¿Á que no sabes de qué medio se sirve para sorprender algunos secretos de Alemania?
- BLA. Ya lo sé.
- MER. ¿Cómo! ¿Tú sabes?
- BLA. Confianza por confianza. Ya sé que van a parar al Ministerio de la Guerra, los papeles inutilizados que se arrojan al cesto en la Embajada alemana, pagando bien al trapero que los recoge.
- MER. ¿Quién te lo ha dicho?
- BLA. El padre D'Aiglón.
- MER. ¡Y! Este debe haberlo sabido por el general Fouquet, su admirador fervoroso.
- BLA. Indudablemente. Prosigue.
- MER. Pues bien: tú no puedes figurarte la zambra que mueve mi esposo con los pedazos de papel que traen los sacos... No está satisfecho con la tarea que le dan en el Ministerio y viene a casa con los bolsillos llenos. Se encierra en su despacho, y allí prosigue su obra de reconstitución de documentos, olvidándose de mí por completo, y apareciendo sólo cuando le llaman para comer.
- BLA. ¿Y dices que sospecha de alguno que sirve a sus órdenes?
- MER. Sí, de un capitán de Artillería. (*En voz baja con mucho misterio.*)
- BLA. ¿Cómo se llama?
- MER. Se llama.. Se llama... ¡Ah! Ya recuerdo... ¡David!
- BLA. ¿David? ¿Dices que David?
- MER. Mucho es tu interés. ¿Le conoces?
- BLA. David debe ser el apellido. ¡Su nombre!.. ¿No sabes su nombre?.. Recuérdalo, Mercedes, te lo suplico.
- MER. Te he dicho todo lo que sabía.. Varias veces he sorprendido a mi esposo diciendo en sus sempiternos solloquios:—No hay duda, quien

vende nuestros secretos es ese David... ¡Ese perro judío!
 Entonces no hay duda ¡es él!
 BLA. ¿Quién?
 MER. ¡Alfredo David!
 BLA. Te has puesto pálida; nerviosa. ¿Qué ocurre,
 MER. Blanca? ¡Yo soy ahora quien te interroga llena de curiosidad!
 BLA. Mercedes, ese capitán, ese David... ¡Oh! No quiero recordarlo.
 MER. Tus ojos despiden llamas... Tus frases rebosan veneno. ¿Tanto le odias?
 BLA. Con todas mis potencias y sentidos.
 MER. ¿Qué te ha hecho?
 BLA. Conquistó mi corazón. Le amé con delirio. Lo olvidé todo. Una historia de humillación y vergüenza. Me abandonó por otra... por la que es hoy su esposa. Sofoqué la rabia en lo más hondo de mi pecho. Me sentí humillada, no sólo en mi pasión de mujer, sino también en mis sentimientos de cristiana. Un miserable judío pisoteó mi amor propio. ¡No puedes figurarte el odio que has revuelto en mi corazón! (*Dentro grandes rumores y palmadas.*) Debe haber terminado la partida. Calleemos. Mañana iré a verte a tu casa. ¡Quién sabe si tu marido, cumpliendo con su deber, será en esta ocasión el instrumento de mi venganza!

ESCENA IV

Dichas, General FOUQUET, Coronel GASTON y Comandante ROBINAT, de uniforme perteneciente al Estado Mayor, y Comandante WALTER LACY.

WAL. ¡No puedo soportar a los chambones!
 BLA. ¿Quién ha perdido?
 MER. Mi esposo, naturalmente.

WAL. Pero de un modo depresivo, humillante.
 ROB. Hay días siniestros.
 WAL. Me has hecho perder estúpidamente doscientos francos.
 FOU. Mucho le duele la pérdida.
 WAL. No por la suma, mi general, que es insignificante, sino porque mi campeón no se ha defendido. Ni siquiera ha puesto a salvo el honor de las armas.
 GAS. Yo creo, señores, que el éxito debe atribuirse a mi buena estrella. Confieso que jamás he tenido un pulso más certero.
 BOB. No, mi coronel... Realmente he estado muy torpe. Solamente hemos igualado a cincuenta carambolas, cosa que no me ha ocurrido nunca jugando con usted.
 GAS. Sin embargo... sin embargo...
 WAL. ¿Pero qué diablos te ocurrió cuando tenías admirablemente reunidas las bolas en aquel ángulo? ¿Por qué razón te diste aquella palmada en la frente para dar acto seguido tan fuerte tacazo?
 BOB. ¿Qué sé yo?
 FOU. Sin duda le vino a las mientes alguna combinación sublime, y trató de reunir las al otro ángulo para admirarnos con su habilidad y destreza.
 ROB. Usted lo ha dicho, mi general.
 WAL. Pues te luciste.
 GAS. Veo que Walter Lacy no se resigna fácilmente a la pérdida que ha experimentado; venga mañana y le daremos la revancha.
 BLA. Alto allá. Hay que contar conmigo.
 FOU. Es verdad.
 GAS. Y que aquí no puede decirse que no contábamos con la huésped, porque usted es la dueña de este delicioso hotel.
 FOU. Y añada que de nuestras personas.
 BLA. Me abruman con su galantería. Desde hoy me considero en el caso de prohibirles la entrada en el salón del billar si no me dan palabra formal de no cruzar dinero alguno en las

- apuestas. Ya lo ven ustedes, Walter Lacy está inconsolable como Calipso.
- WAL. ¡Oh! No tanto. No soy hombre que se arredra por doscientos francos. Esta es sólo una cuestión de crítica.
- FOU. Dice bien nuestra dueña y señora. Usted, comandante, no dispone de más bienes de fortuna que su paga, y no puede resistir tan fuertes golpes. Consuélese, sin embargo, porque esta es la primera vez que he tenido la suerte de ganarle.
- WAL. ¡Oh, mi general! Usted me hace recordar que todavía no he puesto en su poder los doscientos francos. Tome usted. (*Hace ademán de sacar el dinero.*)
- FOU. No se impaciente, no corre prisa. (*Extendiendo el brazo como para recibir el dinero.*)
- WAL. (*Cuadrándose militarmente.*) Mi general, no insisto; la obediencia es el primer deber del soldado.
- FOU. (¡Me ha reventado!) (*Aparte.*)
- WAL. (No llevo encima ni un céntimo.) (*Aparte.*)
- BLA. Gracias, mi general. Ya veo que le ha dado usted a mi súplica un efecto retroactivo.
- FOU. Y tan retroactivo, señora.
- WAL. La verdad es que dábamos excesiva importancia a una simple partida de billar.
- FOU. Llegó usted a concederla honores de gran batalla; pero afortunadamente, sólo le ha resultado una ligera escaramuza.
- WAL. Gracias al refuerzo de Blanca, mi general.
- BLA. Eso es, gracias a mi refuerzo.
- GAS. Yo debo declarar que no hubiese puesto mayor empeño aunque se hubiese tratado de tomarles una trinchera a los alemanes.
- ROB. (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Los alemanes!
- WAL. Ya pareció aquello.
- ROB. ¿Y qué es aquello?
- WAL. El motivo por el cual has perdido la partida de carambolas.
- ROB. No comprendo.

- BLA. Explíquese usted, Walter.
- WAL. La cosa es bien sencilla. Acabas de darte una palmada en la frente lo mismo que antes, lo cual indica que el recuerdo de los alemanes te pone nervioso. Así te salió aquel espantoso tacazo.
- BLA. Creo que el comandante ha puesto el dedo en la llaga.
- FOU. ¿Eso es cierto, Robinat?
- ROB. ¡Oh! ¡No tal!
- GAS. Si así fuese, mi general, no le queda a usted otro recurso que ir a Berlín a cobrar sus doscientos francos.
- BLA. ¡Muy bien dicho!
- WAL. Ya lo oyes, amigo Robinat. ¡A Berlín!
- FOU. Me hacen ustedes el héroe por fuerza. Bien pudiera ser que no tardásemos en realizar nuestro deseo.
- BLA. ¡Cómo! ¡Cómo! Que se expliquen esas palabras.
- FOU. La discreción me impide ser más explícito.
- BLA. ¿Estamos abocados a una segunda guerra?
- FOU. Todo es posible, pero hoy la guerra se hace en los gabinetes europeos. En vez de balas de cañón, las naciones se disparan notas diplomáticas. El primer tiro parte siempre del Negociado de informes del Estado Mayor, pero allí está mi bravo, mi sagaz Robinat.
- ROB. Mi general, ese elogio es mi mayor recompensa. (*Cuadrándose militarmente.*)
- BLA. Protesto de tanta formalidad. A ver si ahora convierten ustedes mi casa en oficina del Estado Mayor.

ESCENA V

Dichos y el PADRE D'AIGLON por el foro

- D'AIG. A la paz de Dios.
- FOU. ¡El Padre D'Aiglón!
- BLA. (*Corriendo a su encuentro para besarle la mano.*)

- Bien venido, Padre, bien venido.
- D'AIG. ¡Hola, mi bizarro general Fouquet!
- FOU. (Dándole la mano.) Siempre a sus órdenes, Padre.
- D'AIG. El coronel Gastón.
- GAS. Muy honrado con estrechar la mano de un coronel tan ilustre.
- D'AIG. ¿Y usted, mi querido Robinat? Allí veo su cara esposa. Quietos, quietos. Salud a todos.
- BLA. Tome asiento, Padre.
- D'AIG. (Toma asiento.) Me place hallarme entre vosotros. Y bien, continúen su interrumpida conversación, si mi presencia no es un obstáculo.
- FOU. Al contrario. Llegó usted cuando hacíamos conjeturas sobre el caso probable de una ruptura de relaciones con Alemania.
- D'AIG. ¿Una nueva guerra con los alemanes?... Qué locura tan insigne... Otra es la guerra que conviene a los franceses. El enemigo se ha instalado en nuestro propio suelo, en el interior de Francia. Aquí podemos decirlo; en esta casa se respira un ambiente puramente católico, y cuantos asisten a estas reuniones, se hallan bien lejos de haberse contaminado con el espíritu corruptor de la llamada civilización moderna. ¿Para qué empuñar los aceros y traspasar las fronteras dejando en casa al más funesto adversario? La guerra debe hacerse por santa obligación; pero es contra los imperios que amenazan destruirlo todo: hogar, familia, patria y religión. Guerra a esas libertades políticas, causa del indiferentismo religioso que se nota en las conciencias. Guerra sin tréguila ni cuartel contra liberales y francmasones, enemigos declarados de nuestros grandes principios de religión y moral... y sobre todo guerra a los judíos, que se van convirtiendo en señores de la Francia, azotando el rostro de los buenos católicos con la túnica escarlatina de la herejía.
- FOU. ¡Bravísimo, Padre, bravísimo!
- FAS. No en vano le llaman el más elocuente

- los oradores sagrados.
- BLA. Me ha conmovido.
- MER. Su palabra es un portento.
- WAL. (Aparte a Robinat.) ¡Vaya un tío!
- ROB. ¡Fenomenal!
- FOU. ¡Ah! Si nosotros no estuviésemos, ante todo, ligados al deber militar...
- D'AIG. Error profundo, general, error profundo. Ante todo, siervos de Jesús. No hay bajo los rayos del sol, ni encima tampoco, un deber más imperioso que aquel que se consagra al servicio de Dios.
- GAS. Verdaderamente que la inmoralidad se va enseñoreando de todos los corazones.
- BLA. El vicio se ha entronizado.
- MER. El corazón lo domina todo.
- D'AIG. He ahí la gran fatalidad humana: el corazón. Nosotros, los jesuitas, educamos la cabeza y destruimos esa entraña moral. Dichoso día aquel en que nuestra Orden se erija en maestra universal de la juventud. La sociedad nos entregará sus más tiernos adolescentes y nosotros los devolveremos hombres de entendimiento, amantes de Jesús... pero sin corazón... sin corazón.
- FOU. ¿Cómo no confunde Dios a los malos con su divina cólera?
- WAL. Por una razón muy sencilla, mi general: porque son más que los buenos.
- D'AIG. Dios pone a prueba la fortaleza de sus amantísimos hijos! ¡La fe se acrisola en las adversidades de la vida y las persecuciones de los descreídos! Mucho podría decirse sobre esto. Me propongo desarrollar la misma tesis en mi sermón del próximo sábado.
- FOU. No faltaremos.
- BLA. Allí nos verá usted en primer término.
- WAL. Con permiso de ustedes, señoras, y de usted, mi general, me veo precisado a dejar tan grata reunión.

- ROB. Aguarda.. Mercedes y yo también nos raremos.
- FOU. Entonces, desfile completo. El coronel y haremos lo propio.
- D'AIG. Adiós, señora.
- MER. (*A Blanca.*) Hasta mañana.
- FOU. (*Besando la mano al Padre D'Aiglón.*) Siempre sus órdenes.
- D'AIG. Adiós, mi querido Fouquet. (*Vanse todos por el foro, menos el Padre D'Aiglón y Blanca.*)

ESCENA VI

D'AIGLON y BLANCA

- BLA. ¡Padre! Ha llegado una hora crítica para mi conciencia.
- D'AIG. ¿Cómo así?
- BLA. Se trata de un capitán judío a quien odio con todo mi corazón.
- D'AIG. El odio a los judíos es obligado para toda buena cristiana.
- BLA. Es que además le aborrezco como mujer.
- D'AIG. ¿Heridas de amor propio?
- BLA. Un sentimiento que llevo grabado en el alma. Una historia de amores que..
- D'AIG. No me la refiera. La adivino. ¿Cómo se llama?
- BLA. Alfredo David.
- D'AIG. Según creo, ese capitán pertenece al Cuerpo de Artillería.
- BLA. Así es.
- D'AIG. ¿No le tiene el comandante Robinat a sus órdenes?
- BLA. Justo.
- D'AIG. ¿Y es él la causa de esa crisis de su conciencia?
- BLA. Voy a confesárselo todo. Ese hombre está haciendo traición a su patria.

- D'AIG. ¿Qué escucho?
- BLA. La suerte le pone en mis manos y puedo aplastarle.
- D'AIG. ¿En qué consiste la traición?
- BLA. Hay vehementes indicios de que sustrae documentos de importancia del despacho confiado a su lealtad.
- D'AIG. ¡Hola! ¡hola! ¿Conque judío y traidor a su patria?
- BLA. ¿No es verdad que merece un castigo terrible?..
- D'AIG. (*Pensativo.*) ¡Veamos.. veamos!..
- BLA. Se ha quedado pensativo.
- D'AIG. (*Aparte.*) ¡Buen golpe para el judaísmo francés, y para todos los que favorecen su causa! ¡Oh; qué luz envía Dios a mi cerebro!
- BLA. ¿Qué dice usted, Padre?
- D'AIG. ¡Hija mía! ¡Sin duda el cielo ha encendido en tu corazón la llama del odio para que pueda llevarse a cabo uno de sus más gloriosos designios!
- BLA. ¿Puedo satisfacer mi resentimiento sin ningún escrúpulo de conciencia?
- D'AIG. Más todavía. ¡Puede soliviantarse el patriotismo del pueblo francés viendo que los judíos tratan de vender a la Francia!.. ¡Pueden caldearse las pasiones, haciendo que se dividan liberales y demócratas!.. Y luego... luego, una espada salvadora.. la del Príncipe de Orleans, por ejemplo, que restaure el arca santa de nuestras venerandas tradiciones.

ESCENA VII

Dichos y el criado CARNOT por la derecha

- CAR. ¡Señora! ¡Señora!
- BLA. Mi buen Carnot, ¿qué hay?
- CAR. Que alguno de los caballeros que há poco

estuvieron en la sala del billar, ha debido dejarse olvidada esta cartera.

BLA. ¿Sí? Venga. Ya la restituiremos a su dueño cuando éste parezca. Vete. (*Vase Carnot por donde vino.*)

ESCENA VIII

BLANCA y el P. D'AIGLON

BLA. ¿De quién será?
D'AIG. Fácil es averiguarlo.
BLA. No puedo resistir a la tentación... ¿A ver? Tarjetas... de Walter Lacy... Ya hemos dado con el dueño.
D'AIG. ¿Walter Lacy? Es persona sospechosa... Gasta más de cien mil francos al año... Siga usted registrando...
BLA. Un memorándum...
D'AIG. Lea usted.
BLA. (*Leyendo.*) «Voy a salir a maniobras, pero muy pronto; si usted lo desea le mandaré algunas notas que tratan...»
D'AIG. ¡Hola, hola!
BLA. «Primero: De la descripción detallada del fondo no de la pieza del 120 corto.»
D'AIG. ¿Qué escucho?
BLA. ¿Tiene esto importancia, Padre?
D'AIG. Mucha: Walter Lacy promete mandarle a una persona, que no se sabe quién es, documento de suma trascendencia, a juzgar por el primer que figura en la lista. Siga leyendo.
BLA. (*Escuchando.*) Ruido de pasos.
D'AIG. Walter Lacy que viene en busca de su cartera.
BLA. ¿Qué hacer?
D'AIG. Guárdela usted.
BLA. Sí. La guardaré. Serenidad.

ESCENA IX

Dichos y WALTER LACY, agitado

WAL. ¡Blanca... Padre D'Aiglón! D'spensen ustedes. Vengo algo agitado... He debido dejar mi cartera olvidada en la sala de billar.
BLA. ¡Siempre tan distraído! (*Llamando.*) ¡Carnot! ¡Carnot!

ESCENA X

Dichos, CARNOT

BLA. ¿No has puesto en orden la sala de billar?
CAR. Sí, señora.
BLA. (*Mirándole fijamente.*) ¿Y... no has encontrado nada?
CAR. No entiendo a la señora...
BLA. Fácil es entenderme. ¿Cómo no has hallado una cartera que el señor dice haberse dejado olvidada?
CAR. ¡Ah! ¡ya comprendo!.. Nada he visto.
WAL. Es extraño...
BLA. Vaya usted, amigo Walter, a cerciorarse por sí mismo. Acompañale, Carnot. No dejen ningún lugar sin registro. (*Vanse Walter y Carnot por la derecha.*)

ESCENA XI

BLANCA y P. D'AIGLON

D'AIG. (*En voz baja.*) Tiene mucho instinto ese Carnot.
BLA. Es muy listo.
D'AIG. La cuestión estriba en que el comandante no se halle muy seguro.

- BLA. De fijo que no lo está, Es un loco... un atur-
dido...
D'AIG. ¿No se ha fijado usted en la agitación que
traía?
BLA. Ya lo creo.
D'AIG. Esto aumenta el interés de nuestro hallazgo.
Aquí vuelve.

ESCENA XII

Dichos, WALTER LACY por la derecha

- WAL. Efectivamente, no se encuentra.
BLA. Lo siento mucho.
D'AIG. ¡Mala cabeza, comandante, mala cabeza! Sir-
vale de escarmiento para vivir en adelante
más prevenido.
BLA. ¿Y no recuerda usted dónde ha podido de-
jársela?
WAL. No... señora. Estoy completamente desorien-
tado.
BLA. ¿Contenía dinero o algún documento de im-
portancia?
WAL. Dinero muy poco. La pérdida es insignifican-
te... mi interés en recobrarla estriba en unas
cartas que contiene.
BLA. Algún amorío...
WAL. No, no. Cartas de familia. Voy corriendo a la
casa de un amigo, en la cual estuve antes de
venir aquí.
D'AIG. Bien pensado. Tal vez logre allí recobrarla.
WAL. Adiós, Blanca. Beso a usted la mano, Padre.
D'AIG. Vaya usted con Dios, y más cuidado en lo
sucesivo, ¿eh?
WAL. Prometo no olvidar su consejo. (*Mutis foro.*)

ESCENA XIII

BLANCA y P. D'AIGLON

- D'AIG. No hay tiempo que perder. Cerremos estas
puertas por precaución. (*Cierra las que dan
a la habitación contigua.*) Venga el pliego, aca-
bamos de leer su contenido. (*Blanca saca la
cartera y le entrega el pliego.*)
«Segundo: De las medidas adoptadas para la
movilización de la Artillería. Tercero: Del plan
de operaciones para Madagascar. Cuarto: De
la movilización del Ejército sobre la fron-
tera alemana.»
BLA. Padre D'Aiglón... ¡Eso es muy gravel!
D'AIG. ¡Y tan gravel! Aquí tiene usted explicado el
origen de los cien mil francos que gasta al
año el comandante, sin más bienes de fortuna
que su paga.
BLA. ¿Usted cree...?
D'AIG. Creo que yendo a caza de un traidor, proba-
ble, hemos dado con un traidor seguro.
BLA. ¿Será Walter Lacy quien sustrae los documen-
tos del Negociado de informes?
D'AIG. Es muy posible: solo que Walter Lacy no es
judío.
BLA. (*Fijándose detenidamente en la letra del me-
morándum.*) Esa letra... ¡Yo conozco esa letra!
D'AIG. ¿Cómo?
BLA. Espere un instante. (*Abre un secretero y saca
una carta.*)
D'AIG. ¿Qué es eso?
BLA. Una misiva de amor. Una carta de Alfredo
David. Mire usted qué semejanza tiene la le-
tra de ambos escritos.
D'AIG. Cierto, sí: parecen hechos por la misma mano.
BLA. ¡Qué coincidencia tan extraña!
D'AIG. ¡Acaso esto sea una obra del Cielo! Figúrese
por un instante que este documento fuese a
parar a ese lebrél de Robinat...

- BLA. ¡Entonces Walter Lacy era perdido!
- D'AIG. No, hija mía; como la letra del capitán es tan parecida, y como ya se sospecha de su lealtad.
- BLA. ¡Ah! Tiene usted razón, el comprometido es David.
- D'AIG. Pero ¿de qué modo llega a poder de Robin este documento?
- BLA. *Después de meditar un momento.* Nada más sencillo.
- D'AIG. ¿Tiene usted algún medio?
- BLA. ¿No van a parar al Ministerio de la Guerra los papeles inutilizados que se arrojan al cesto en la Embajada alemana?
- D'AIG. Efectivamente.
- BLA. ¿No compulsa el comandante los pedazos de papel encontrados, restaurando los documentos que ofrecen algún interés?
- D'AIG. Sí... sí.
- BLA. Se rompe este memorándum en cuatro pedazos.
- D'AIG. Y se introduce en uno cualquiera de los sacos.
- BLA. El comandante los encuentra...
- D'AIG. Los une...
- BLA. Reconstituye el escrito...
- D'AIG. Advierte que la letra es del capitán...
- BLA. Se confirman sus sospechas...
- D'AIG. Y se procede contra el supuesto traidor... ¡Magnífico, hija mía!
- BLA. Yo me encargo de que esta idea se lleve a su debido cumplimiento. Mas siendo el capitán inocente...
- D'AIG. ¡Inocente o culpable, Dios le señala como instrumento de su justicia! ¡Jesús era también inocente, y ellos, los judíos, le escarnecieron y le crucificaron sin piedad de ningún género. Así se redimirá ese judío de la maldición que pesa sobre su frente.
- BLA. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! *(Besando la mano del jesuita.)*
- D'AIG. ¡Amén! *(Se dirige al foro para hacer mutación y cae el telón.)*

TELON



ACTO SEGUNDO

CUADRO II

EL COMLOT ORLEANISTA

Decoración: Telón muy corto en el cual se halla pintado en perspectiva el interior de una celda perteneciente a uno de los Colegios de la Compañía de Jesús.

ESCENA PRIMERA

Al verificarse la mutación aparecen por la derecha el P. D'AIGLON y el General FOUQUET.

- D'AIG. Venga aquí, amigo mío; dentro de mi celda podemos hablar con entera libertad.
- Fou. Padre D'Aiglón; vamos a llevar a cabo un acto de justicia que promete tener gran resonancia.
- D'AIG. Sepamos... Sepamos...
- Fou. Trátase de un canalla traidor a su patria, quien para deshonor del Ejército, viste el honoroso uniforme de capitán de Artillería.
- D'AIG. ¿Cómo se llama ese desdichado?
- Fou. Alfredo David.